

Globethics Repository



Juan Luís Segundo era alto y delgado
[Juan Luis Segundo was tall and thin]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Matossián, Ricardo D.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-21 10:41:24
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155683

Juan Luis Segundo era alto y delgado

Ricardo D. Matossian

I

Juan Luis Segundo era alto y delgado, aunque de contextura robusta. Trabajaba vestido de paisano y lo he visto lucir una boina negra que cubría sus cabellos ralos y blancos.

Como Borges, tenía ojos celestes y muy claros y una palidez intensa, único signo intelectual de un sujeto cuyo semblante parecía renegar de su condición.

Era seco y cortante. No amaba las conversaciones ni las sobremesas. Siempre estaba ocupado y escapaba al diálogo, acaso por timidez. Pero una vez forzado a aceptar un intercambio, lucía exasperantemente humilde y escuchaba las opiniones de sus interlocutores, a veces sumamente ignorantes, con una atención impropia en un hombre de su estatura intelectual.

Juan Luis Segundo tenía una inteligencia poco sólita y una memoria privilegiada. Su cultura general era extraordinaria.

Conocía profundamente la teología sistemática, desde los textos bíblicos en sus lenguas originales hasta la última de las propuestas contemporáneas.

Pero se nutría preferentemente de otras fuentes más seculares, muy especialmente de la filosofía, que le aportada el método y el rigor analítico; y de la literatura, que le daba fantasía y perspectiva a sus estudios.

Era difícil conversar con él. Quise explicarle, en una de las primeras reuniones que mantuvimos, que no me parecía cierto que pudiera tener una conversación con alguien que no sabía una palabra de mí y a quien paradójicamente, conocía con tanta profundidad. Él me miró extrañado, pero era así efectivamente: en sus numerosos volúmenes, podía vislumbrarse el alma desesperada de Segundo y su lucha dialéctica por

acercarse al hombre y su condición, sabedor de que no había verdades absolutas ni indiscutibles.

Recuerdo que le llevé tres libros de regalo. Para mi felicidad, no había leído ninguno de ellos y en pocos días los había devorado. Me habló de ellos con una gran atención (especialmente de “Una cuestión personal”, de Kensaburo Oé, premio Nobel de 1994 y de “Los diez mandamientos”, un ensayo precioso de Thomas Mann); y fui dichoso pensando que le había devuelto algo de lo muchísimo que me había proporcionado.

El padre Segundo fue una de las personas más importantes en la vida de quien esto escribe (de paso voy a decir que sentí su muerte más que la de seres queridos, porque tuve una sensación de desamparo intelectual y espiritual, que en mis 47 años no había experimentado).

Sucede que antes de conocerlo concurría periódicamente a San Pablo, la librería de la avenida Callao, y consumía sus novedades con fruición y ansiedad. Y jamás imaginé su muerte, a pesar de que sabía de su salud quebrantada y de su corazón cansado, que los ataques de asma golpeaban impiadosamente, especialmente en primavera.

Creía que Dios (?) iba a seguir hablando eternamente por su intermedio y que Segundo continuaría la redacción de sus evangelios, en la medida que su espíritu inquieto se lo fuese imponiendo.

Pero la vida y la muerte conviven absurda y armoniosamente; y me dejó una desesperación por alcanzar una fe madura, que supere la molicie del hombre ordinario, que carece de interés en todos los temas en los que el espíritu revulsivo de Segundo ha penetrado, pero a quien no obstante está dirigido el mensaje salvífico de los evangelios, para liberarlo del horror, de la pobreza y de la ignorancia.

II

Está claro que Segundo escribía para muy pocas personas. La mayoría de los profesionales de la fe, católicos y protestantes, no lo han leído.

Él mismo afirma - especialmente en las obras de los últimos 10 años - que se dirige fundamentalmente al lector no cristiano, como lo hizo Milan Mackovek en el “Jesús para los ateos”, que él mismo lo recomienda (y también nosotros).

Lo que distingue singularmente la obra de Segundo es su carácter excitantemente positivo y materialista, que no respeta dogmas ni valores absolutos y que no reconoce ningún sitio sagrado que haya inhibido sus estudios.

En otras palabras, Segundo no estudiaba de rodillas ni hacía adoración de nada. Si las escrituras bíblicas son palabra de Dios, lo serán por el valor intrínseco de su contenido para un tiempo determinado y no a la inversa. De allí que se tomara la atribución de juzgar los libros sagrados (como Lutero, que llamaba a la carta de Santiago como “la epístola de paja”), para comprender su sentido, si es que efectivamente poseían algún valor como parte del proceso pedagógico de evangelización.

En este sentido, parecía tomarse la misma libertad que se tomó el apóstol Pablo, que predicando a Jesucristo, jamás se vio en la obligación de citar palabras suyas (salvo la institución de la eucaristía, en I Corintios 11), en ninguna de las numerosas epístolas que se le atribuyen, escritas casi todas ellas cuando el evangelio de Marcos estaba escrito.

También me entusiasmó su método dialéctico, pues nunca pretendió hacer un discurso definitivo y por el contrario, siempre pareció necesitar del adversario, como antítesis hegeliana en la que creía que radicaba el secreto del progreso científico.

Con estas herramientas Segundo construyó un sistema analítico de excepcional valor existencial y moral, alguno de cuyos aspectos más relevantes nos proponemos compartir.

III

Es de particular importancia la definición de los conceptos de **fe** e **ideología**.

Para Segundo, los mecanismos de la “fe cristiana” no son distintos de las diversas “fes” (sí se nos permite la expresión) de los hombres y de los pueblos.

Existe ordinariamente en el hombre lo que se denomina una “fe antropológica”, que consiste en una suerte de adhesión, consciente o inconsciente, a una escala de valores que de alguna manera definen la conducta y otorgan un sentido a la existencia de cada cual.

Quien cree que el dinero es el valor supremo, ordenará su vida en función de obtener la mayor cantidad. Quien cree en el sexo, o en la familia, o en lo que fuere, obrará de tal modo que toda su actividad estará dirigida directa o indirectamente a la concreción de esos objetos, que ha elegido como valores de referencia.

En el caso de la fe cristiana, la teología suele afirmar, aunque no explícitamente, que la fe constituye algo distinto, porque se habla de una fe “en Dios”, como si esta expresión de por sí significase algo inequívoco (recordamos aquí a Míguez Bonino, cuando dice que en ocasiones, cuanta más fe se tenga es peor, según en qué objeto se encuentre depositada).

Segundo afirma que si convenimos, siguiendo la tesis joánica, que “Dios es amor” (es decir: Dios=amor), y si admitimos que el “amor” no es sino un valor (el superior para la fe cristiana, al cual todos los demás están supeditados), la fe a ese Dios (que es amor), no reposaría sobre un sujeto o sobre una persona, sino sobre el valor mismo y no se diferenciaría entonces de las otras “fes”.

De allí que Segundo defina la fe como **la adhesión a un conjunto de valores**, destinado a ordenar la vida de los hombres, que no tiene ninguna diferencia, en su mecanismo y funcionalidad, con las otras expresiones de fe, porque en todo caso se trata de un **mecanismo antropológico** del que debe echarse mano ante la imposibilidad de hacer un viaje exploratorio al futuro para saber si esa elección (de los valores que ordenarán la vida y le darán sentido), valen efectivamente la pena y merecen el esfuerzo.

La fe cristiana será distinta de las otras expresiones de fe, únicamente en la medida en que el valor sobre el que reposa (el amor), difiere de los otros valores (el

dinero, el sexo, el poder, la familia o cualquier otro), que conforme las características que poseen, ordenan la vida de una manera distinta.

Jesús se habría constituido en el Cristo (o el Mesías), no ya por una determinación mágica o divina, sino porque su vida expresó ese valor (el amor), con mayor aproximación y certeza que nadie.

En ese orden de cosas, las **ideologías** no compiten con la fe y cumplen funciones bien distintas, ya que **son los medios instrumentales** de que se valen los fieles, para hacer realidad esos valores en beneficio de su prójimo, de modo que alcancen a la mayor cantidad de personas.

La elección de las ideologías - o la elección de los medios que se utilizan para la concreción de los valores a favor de los hombres y de los pueblos - es cuestión que debe decidirse pragmáticamente, pues allí sólo cuenta la eficiencia de esos medios, que se justifican únicamente en cuanto concurren de manera efectiva a la concreción de los fines que se persiguen.

De ahí que la cuestión de las ideologías constituya un tema casi económico, que debe ser analizado en términos materialistas y hasta prosaicos, teniendo en cuenta los principios económicos fundamentales: la escasez de los recursos y las limitaciones de la energía, lo que es válido para cualquier proyecto sensato y de ningún modo patrimonio exclusivo del quehacer cristiano.

En otras palabras: el diálogo entre **fe e ideología** es el típico encuentro entre fines y medios, donde los últimos deben ser aptos o eficientes para la obtención de los primeros. De allí la expresión escandalosa y lógicamente irreprochable de Segundo, que en "Liberación de la teología", mentando al autor de "El Príncipe", concluye que sólo el fin puede justificar los medios (sí los medios no se justifican por los fines, dice Segundo, ¿qué es lo que puede justificarlos?).

Cuando el apóstol Santiago dice que **la fe sin obras** (esto es sin ideologías que permitan su concreción) **es muerta**, no está sino afirmando de la forma más expresiva y categórica, que la fe cristiana no es un conjunto de sentencias valiosas, sino que tiene la pretensión de hacerse efectiva, para cambiar la vida de los hombres y de los pueblos.

Algo semejante, agrega Segundo, a lo que afirmaba Marx, cuando decía que el materialismo dialéctico no pretendía describir o interpretar la historia sino cambiarla.

La enorme ambición de la fe cristiana exige la cuidadosa elección de las "ideologías" (o medios) que permitan extender el amor (su valor de referencia), a la mayor cantidad de personas (a la muchedumbre, al decir de Mateo).

Sin "ideologías" - enseña Segundo - la "fe cristiana" deviene baldía e inservible; y muerta, al decir de Santiago.

IV

El tema de la fe, como adhesión a los valores de amor, misericordia y justicia (en ese orden) y de la elección de las ideologías (los mecanismos para hacer efectivos esos

valores), nos lleva de la mano a otro tema central en el pensamiento de Segundo, que consiste en la relación entre masas y minorías.

Segundo sugiere, con apoyo en la conocida parábola del juicio de las naciones de Mateo 25, que existe una minoría que adhiere a esos valores, que está conformada por los cristianos, en tanto conocen la revelación; y por los no cristianos, en tanto también acepten esos mismos valores y los hagan llegar de la manera más efectiva a su prójimo (en Mateo 25 son ellos los que preguntan: “Señor, ¿cuándo te vimos desnudo y te cubrimos y hambriento y te dimos de comer?”).

Esas minorías así conformadas por creyentes y no creyentes, que constituyen una “elite” definida por su adhesión al valor superior, tienen por misión la salvación y liberación de las masas, a quienes el mensaje central del evangelio está dirigido.

Estos pocos elegidos (Mateo 7:14; 9:37; 22:14 y Lucas 12:32), deben liberar y salvar a la muchedumbre. Como Jesús, que da su vida como rescate por muchos (Marcos 10:45).

La interacción dinámica entre masas y minorías y la comprensión de la función de esta última respecto de aquella, es lo que define el sentido y la razón de ser del mismo mensaje cristiano.

V

Un tema fundamental en el pensamiento de Segundo, es la comprensión de los textos bíblicos como referentes de un **proceso pedagógico**, según el cual el pueblo de Dios fue conociendo el sentido último de las revelaciones, que no resultaban de fórmulas mágicas recibidas “desde arriba”, sino surgían de las propias conciencias proféticas de los sujetos, que debían apreciar “los signos de los tiempos” (Marcos 7:6) en el medio del acontecer histórico que los tenía como protagonistas.

Dentro de la situación propia de cada cual, el sujeto deberá elegir qué lugar ocupará en la historia y qué armas ideológicas habrá que utilizar como instrumentos idóneos para alcanzar los objetivos.

Los textos bíblicos no contienen obviamente recetas, sino que imponen al hombre la responsabilidad de la elección de las ideologías o medios adecuados, lo que no puede sino apreciarse en la misma historia, que nos exhibe ese proceso de aprendizaje que Segundo denomina “aprendizaje en segundo grado” o “deutero-aprendizaje”: un **aprender a aprender** (learn to learn) que no tiene fin, ya que los nuevos conflictos exigirán casi siempre soluciones creativas y novedosas.

VI

Las obras que publicó el padre Juan Luis Segundo en los últimos 10 años de su vida, fueran el grandioso fruto de su madurez intelectual y espiritual. Y paradójicamente, han sido completamente ignoradas por el mundo religioso.

Me refiero especialmente a “El dogma que libera” (1989); a “La historia perdida y recuperada de Jesús de Nazaret” (1990); a “¿Qué mundo, qué hombre, qué Dios?”

(1993); y a la obra que el mismo Segundo calificó como póstuma en un prólogo inolvidable: “El caso Mateo” (1994).

No es éste el momento de comentar todas estas obras, extraordinariamente creativas y complejas.

Sólo diremos aquí que creemos - desde nuestra humilde condición de profanos - que él diseñó, con singular profundidad y rigor científico, una nueva teología, penetrada por los descubrimientos científicos que llegaron a establecer con precisión “la edad” del hombre en el universo del *big bang* y el proceso de evolución desde la época probable de su aparición hasta nuestros días.

Así habla Segundo de una creación “a medias”, que impone al hombre la obligación de completarla y concluirla, hasta el establecimiento del reino, comisión nada sencilla, pues la libertad de todos los hombres y la diversidad de sus proyectos son fuente permanente --e inagotable - de conflictos, que se van gestando y resolviendo azarosamente, en la medida que es imposible prever y ordenar las conductas libérrimas de los sujetos de la historia.

La humanidad, sin embargo, evoluciona y el hombre se conduce, frente a los obstáculos del azar, no ya como un ingeniero, que sabe cómo concluyen sus proyectos, sino - al decir de Segundo - como un “bricolleur”, esto es como una especie de artesano o inventor, que con los escasos medios a su alcance enfrenta cada problema y trata de solucionarlo de la mejor manera posible, a veces con éxito y en ocasiones sin él.

En esta situación, nos enseña Segundo siguiendo a Freud, resulta que el que ama, esto es el que tiene fe en el amor (sea o no cristiano), está más expuesto que nadie al dolor y al sufrimiento, porque compromete su misma vida con la suerte de los más desgraciados y pobres de la tierra, haciendo suyos - como Jesús - los dolores ajenos.

Pero ese dolor, no es sino el motor de la historia, en tanto “sin él - dice el padre Segundo - no haríamos nada, (permaneciendo) tranquilos, en una creación perfecta donde nadie necesitaría a nadie”.¹

Por supuesto que recomiendo con el mayor entusiasmo estas últimas obras, a todos los que estén dispuestos a hacer un gran esfuerzo de reflexión y especialmente a quienes no son conformistas ni satisfechos, en tanto conserven la inquietud o la intención de cambiar algo.

Debe hacerse empero una advertencia. El padre Segundo ha sido un personaje marginal e incómodo. Sólo deberían leerlo aquellos que no tengan prejuicios ni posiciones que defender.

En vez, para quienes tengan interés en las cuestiones de la fe y posean honestidad intelectual, las obras del padre Segundo serán seguramente un hito que señalará el fin de una época y el comienzo de una nueva comprensión de las cosas de la fe.

¹ Juan Luis SEGUNDO. ¿Qué mundo? ¿Qué hombre? ¿Qué Dios? Santander : Sal Terrae, 1993.

Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.